

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO
S. I. Catedral. Santander, 30 de agosto de 2008

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Estos son los santos que vencieron con la sangre del Cordero y no amaron tanto su vida como para rechazar la muerte; por eso reinan con Cristo para siempre (Apoc 12, 11).

Celebramos hoy, 30 de agosto, en nuestra Iglesia particular que peregrina en Cantabria y en el Valle de Mena, la solemnidad de los santos mártires, Emeterio y Celedonio, patronos de la Ciudad de Santander y de toda la Diócesis.

En esta Eucaristía, en la que celebramos la muerte y resurrección de Jesús, damos gracias a Dios, que ha glorificado a nuestros santos mártires y a nosotros nos concede alegrarnos en su fiesta.

Emeterio y Celedonio eran hermanos de sangre, de patria, de ideal, de profesión, de fe, de martirio y de gloria.

Su vida y su martirio han sido cantados por su paisano Aurelio Prudencio en su primer himno del libro *Peristephanon*. Por él y por otras fuentes sabemos que desempeñaron el cargo de oficiales en el ejército romano y que en tiempos de Diocleciano fueron martirizados en torno al año 298 en Calahorra por confesar su fe en Cristo y obrar en consecuencia. En el momento del martirio -narra Prudencio- los testigos y el verdugo vieron con estupor cómo el anillo de Emeterio y el pañuelo de Celedonio volaban hacia el cielo, como símbolo de sus almas cándidas. Así los representa tradicionalmente la iconografía cristiana con su porte y uniforme de soldados, como los vemos en el retablo mayor de nuestra Catedral.

El *Officium Proprium* para su fiesta, aprobado por Pío VI, el 30 de septiembre de 1791, cuando los constituyó oficialmente patronos de Santander y de la Diócesis, atestigua: “sus cuerpos fueron llevados a Calahorra [...], pero sus cabezas fueron trasladadas hace mucho tiempo al puerto marítimo de Santander, en cuya Iglesia Catedral reposan con todo honor”. Era la respuesta de Roma a la solicitud del tercer Obispo de la Diócesis, Mons. Rafael Tomás Méndez de Luarca, recogiendo el sentir del cabildo, clero, justicias, regidores, procuradores y fieles todos.

Evocar la historia y la tradición no es nostalgia del pasado o regodeo narcisista; es vivir el memorial de un pasado que sigue vivo, que llega hasta nosotros y nos impulsa a mirar hacia el futuro con esperanza. Sin atenerse a las raíces del pasado, los pueblos y las gentes no tienen profundidad. La historia es lo que otorga espesor y sentido a la existencia humana. No hay proyecto sin historia, ni utopía sin memoria.

El testimonio de la fe

¿Cuál es el valor permanente, que en clave de actualidad, nos ofrecen hoy nuestros santos mártires?. Sin duda, *el testimonio de la fe*.

Mártir es una palabra griega que significa *testigo*. Hoy el testimonio y los testigos son necesarios y urgentes. Nos encontramos en una cultura ‘*icónica*’, de la imagen, que pide signos de Evangelio: “El hombre cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera insustituible forma de la

misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el “testigo” por excelencia (Ap 1, 5; 3, 14) y el modelo del testimonio cristiano” (RM 42).

En el himno a San Emeterio y San Celedonio cantamos: “Gloriosos mártires, pedid al Señor que conserve nuestra fe”.

La fe es un tesoro que debemos conservar y apreciar, que no podemos esconder, sino que debemos anunciar, celebrar y testimoniar con valentía y con alegría.

Vivimos en una época de decaimiento religioso generalizado, de enfriamiento de la fe y de debilidad interna de nuestras comunidades cristianas.

En esta situación cultural, social y eclesial, urge despertar, fortalecer y transmitir la fe. La vida cristiana es, ante todo, “experiencia” y sólo a través de la experiencia vivida desde la infancia, en la familia, la catequesis, la parroquia y la escuela, podemos descubrir y vivir el gozo de creer. El Papa Benedicto XVI, en el comienzo de su Encíclica *Dios es Amor* nos dice que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida”(DCE 1).

La doctrina se transmite por la enseñanza. El comportamiento moral se transmite por el ejemplo. La experiencia de la fe se transmite por la vía del testimonio vivo. Por eso, escribía Tertuliano que “la sangre de los mártires era semilla de cristianos”.

El testigo individual tiene su dignidad y su función en relación entre las personas. Pero el sujeto propio del testimonio público es la comunidad cristiana. Cuando una comunidad reconoce a Jesucristo como único Señor, ora con perseverancia, vive fraternalmente cuidando de manera especial a sus miembros débiles y pobres, practica el servicio y anuncia su fe sin complejos, planta en medio de la sociedad un reclamo interpelador. Se convierte en “comunidad de contraste” (G. Lohfink). Se transforma en “comunidad alternativa”, que muestra que es posible vivir de otra manera en la sociedad, desde los valores del evangelio.

“El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del evangelio si es signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre” (RM 42).

Que la celebración gozosa de nuestros santos mártires Emeterio y Celedonio sea una ocasión privilegiada para encontrarnos de nuevo con las raíces de nuestra fe e identidad cristiana.

Que por su intercesión ante el Señor, nuestra Iglesia de Santander progrese en el amor y en la unidad, se renueve en sus parroquias y comunidades, en sus movimientos e instituciones eclesiales, para que de este modo sea instrumento de la presencia de Cristo en nuestro mundo.

Que con la fuerza del Espíritu Santo se abran nuevos caminos a nuestra Iglesia Diocesana, para que todos sus miembros participemos en un trabajo fecundo.

Confiamos al patrocinio de nuestros santos mártires, Emeterio y Celedonio, las tres líneas prioritarias de acción pastoral para este curso 2008-2009: renovar los procesos de transmisión de la Iniciación Cristiana; intensificar la pastoral vocacional, especialmente al ministerio sacerdotal y poner en funcionamiento las Unidades Pastorales.

“Gloriosos mártires, pedid al Señor que conserve nuestra fe”. Amén.